

Entendedlo, queridos hermanos: el misterio pascual es algo a la vez nuevo y antiguo, eterno y temporal, corruptible e incorruptible, mortal e inmortal.

Antiguo según la ley, pero nuevo según la Palabra encarnada; temporal en la figura,

eterno en la gracia; corruptible en cuanto a la inmolación del cordero, incorruptible en la vida del Señor; mortal por su sepultura bajo tierra, inmortal por su resurrección de entre los muertos.

La ley, en efecto, es antigua, pero la palabra es nueva; la figura es temporal, la gracia es eterna; el cordero es corruptible, pero incorruptible es el Señor, que fue inmolado como un cordero y resucitó como Dios. (Cfr. De la Homilia de Melitón de Sardes)

Seguir es el verbo que explica la vida entera de Francisco, arrebatada arduosamente tras las huellas de Cristo. Seguir es su teología, su praxis y su devoción. Que por eso se centraba también en Él y en los principales misterios de su vida. Así le nació este Oficio votivo - entonces era devoción componerlos y rezarlos- que celebra, siguiendo el año litúrgico, el nacimiento, pasión y muerte, resurrección y ascensión del Señor.

El Oficio está compuesto, fundamental, de quince salmos. Todos, menos dos, son un mosaico de versículos del libro de los Salmos, de Isaías, de las Lamentaciones, del Exodo y de otros textos del misal y breviario, que Francisco retoca minuciosamente. Basta mencionar

como ejemplo el más significativo: la sustitución de Señor por Padre, que nos revela la lectura cristológica que Francisco hacía del salterio.

El eje de todo el Oficio es el santísimo Padre del cielo, de quien procede el plan o economía de salvación, que se cumple y logra en el Hijo amado, y precisamente en su relación filial con el Padre, traducida en obediencia, confianza, seguridad, proclamadas en todos los salmos. La salvación es la manifestación del amor y bondad trascendente de Dios, que no para hasta entregar al Hijo de su amor. El Oficio no celebra otra cosa que el "sí" del Padre a la muerte de su Hijo y el "sí" del Hijo a la voluntad del Padre en esa pascua prolongada de los distintos misterios de su vida, a través de los cuales se la fue entregando toda. Por eso el orante del Oficio es Jesucristo; El enseñó a Francisco, en la diaria comunión contemplativa del rezo, la única ciencia que ambiciono siempre conocer: seguir a Cristo pobre y crucificado.

Estos son los salmos que compuso nuestro beatísimo padre Francisco para veneración, recuerdo y alabanza de la pasión del Señor.

Fuente:

José Antonio Guerra, San Francisco de Asís, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1998, pag. 30-31.

